

guos edificios, brillantes pavimentos de mármol y serios mosaicos, podían ser tenidos como elocuentes apologistas de la única Iglesia inmutable, que desde más de mil años aquí oraba y ofrecía sacrificios como en tiempo de los Apóstoles, sin inquietarse por todas las vicisitudes y mudanzas exteriores.

Entre todos los monumentos cristianos que encerraba la *Región de los Montes* (de'Monti) (1), ninguno era tan venerable y rico en santos y grandes recuerdos de la historia eclesiástica y universal, como la basílica de Letrán, que como catedral del obispo de Roma, fué llamada «Madre y Cabeza de todas las Iglesias del orbe». Desde el palacio contiguo, cuya capilla se llamaba Sanctasanctorum por sus innumerables reliquias, dignas de especialísima veneración, habían dirigido el mundo cristiano los Papas de la edad antigua y media, y aquí se habían celebrado cinco concilios generales.

La reedificación, que comenzó en 1560 en tiempo de Pío IV, no había aún destruido la forma primitiva de este palacio sumamente pintoresco. Era un conjunto muy extenso de edificios de confusa disposición, el que se había formado en este sitio desde el siglo IV. Varios dibujos de Heemskerck facilitan una completa reconstrucción del antiguo palacio (2). El edificio estaba ya entonces muy arruinado (3). En la fachada del norte se hallaba la Santa Escalera (Scala Santa), que estaba unida al antiguo palacio. En la plaza sin empedrar que aquí anchamente se extendía, vió y dibujó Heemskerck aún la estatua de Marco Aurelio sobre la basa erigida por Sixto IV, ante la cual había dos leones sobre bajas columnas truncadas. A la izquierda de la entrada del norte estaba la gran sala de los Concilios con la elegante galería gótica, destinada para dar la bendición, la cual había inaugurado Bonifacio VIII en el año jubilar de 1300, y a la derecha el Baptisterio, cuya entrada estaba en la parte opuesta a la de hoy (4). Delante de la fachada principal de la basílica, que tenía tres ventanas

(1) Cf. Adinolfi, Roma, I, 181 s.

(2) Cf. Estudios generales sobre la historia del arte para A. Springer, 227 s. En la exposición romana del jubileo de 1911 era de ver un modelo plástico de la basílica y sus contornos, que fué hecho por A. Consolani, según antiguos planos y dibujos. V. también Lauer, Le palais de Latran, París, 1911.

(3) Cf. Rohault, Le Latran au Moyen-âge, París, 1877, 270.

(4) Cf. J. Springer en los Estudios generales para A. Springer, 226 s.; Egger, Vistas, I, 41 s.; Hülsen-Egger, I, 36 s.

góticas, se levantaba un pórtico de seis columnas. El interior del templo, más tarde enteramente restaurado a la moderna, intacto como estaba entonces, hacía pasar ante el espíritu del espectador, en vivas imágenes, los grandes recuerdos de la edad media. En el pórtico estaban los sepulcros de Alejandro II, Juan X y XII y Silvestre II. En el interior de la iglesia de cinco naves, se hallaba el monumento sepulcral de Martín V. Muchos sitios indicaban todavía los graves accidentes por que había pasado la basílica. Así vió Fichard las huellas de un incendio en el magnífico pavimento, brillante como un espejo. El erudito de Francfort vió en la iglesia todavía la *Lex regia*, y admiró especialmente las soberbias columnas, no envueltas aún por pilastras, como también las pinturas murales de Gentile da Fabriano, más tarde del todo destruidas (1).

También la basílica de Sta. María la Mayor, que formaba el centro de la muy extensa Región de los Montes, llevaba entonces todavía el sello de seriedad de los antiguos tiempos. Faltaban las grandes capillas laterales de Sixto V y Paulo V, como asimismo las construcciones parecidas a un palacio, que hay a los lados de la fachada principal, y el doble pórtico falto de gusto, que Fuga erigió en medio en 1743. Brillaban libremente desde la altura de la antigua fachada, a los ojos del visitante, los mosaicos, que a fines del siglo XIII había ejecutado Felipe Rusutti, por encargo de los cardenales Jacobo y Pedro Colonna. También estaba todavía en pie el pórtico erigido por Eugenio III, como asimismo el grandioso palacio patriarcal, contiguo a esta basílica (2). Cuatro antiguos monasterios, y entre ellos el de S. Adalberto, formaban las adecuadas inmediaciones de esta iglesia, la más importante de Roma, de las consagradas a María. También la de Sta. Cruz poseía entonces todavía su antiguo pórtico, que al igual que el interior del templo, fué víctima en 1743 de la transformación barroca de Gregorini (3).

Contribuían esencialmente a la impresión que producía así ésta como todas las demás iglesias de Roma, las numerosas piedras se-

(1) Fichard, 20, 60-61. El fresco de Poussin que se halla en la iglesia de S. Martino ai Monti, muestra el interior de la basílica de Letrán, cuando todavía no estaba reconstruida.

(2) Cf. Adinolfi, Roma, II, 213 s.; Biasiotti, La basílica Esquilina di S. Maria Maggiore ed il Palazzo apud S. M. M., Roma, 1911, 30 s.

(3) Cf. Hermanin, 34 s

pulcrales e inscripciones, que cubrían los pavimentos y las paredes (1). Las inscripciones mencionaban el incesante cuidado que los Papas de todos los siglos habían tenido de los templos de su residencia; restaurándolos, proveyéndolos de reliquias y concediéndoles indulgencias. Las lápidas que con frecuencia cubrían casi todo el pavimento, como también hoy todavía en Sta. María de Araceli y San Onofre, publicaban nombres y hechos de innumerables hombres ilustres, célebres, ricos o sabios. Desde los cipos de conmovedora sencillez de los primitivos tiempos cristianos, hasta los brillantes monumentos marmóreos del período del Renacimiento, con sus inscripciones compuestas en elegante latín, en parte todavía piadosas y en parte también de un colorido pagano, ¡qué abundancia de recuerdos! Aquí volvía a la vida una gran parte de la historia de Roma, de sus Papas, cardenales, prelados, nobles, sabios, poetas, literatos y artistas. No había época alguna de la historia hasta el terrible año de guerra y peste de 1527, y la actividad restauradora de Paulo III, que no hubiese dejado sus huellas en estos monumentos. Todos los estados, profesiones y edades estaban representados. Profunda piedad, fiel amor, acerbo dolor, pero también vana verbosidad, desagradable jactancia y no raras veces cómica ingenuidad, todos estos diversos sentimientos reciben allí expresión. Del carácter eminentemente cosmopolita de la gran metrópoli de Roma dan testimonio las muchas losas sepulcrales de extranjeros. Nómbranse aquí vástagos de todas las provincias de Italia, como también de las diversas naciones de Europa, sobre todo de España y Alemania (2).

Más que por todos los recuerdos y tesoros artísticos, eran

(1) Cf. la gran colección de Forcella, que ciertamente no está trabajada a veces con toda exactitud, y la ingeniosa disertación que sobre esta obra ha publicado Gnoli en la *N. Antología*, Ser. 2, XXIV (1880), 729 s. V. también Reumont en el *Arch. stor. Ital.*, Ser. 3, IX, 1, 80 s. Como muchas losas sepulcrales estaban tan levantadas sobre el suelo, que impedían el paso, mandó Paulo IV su correspondiente rebajamiento, lo cual ordenaron asimismo Pío IV y Gregorio XIII; v. Gnoli, *Roma*, 100. Sobre los monumentos sepulcrales de Roma, notables por su artística escultura, cf. Gerald S. Davies, *Renaissance. The sculptured tombs of the 15 Century*, London, 1910.

(2) Pueden verse de ello ejemplos en Gnoli, en la *N. Antología* loc. cit., 732 s. Por desgracia están aquí omitidos los hermosos epitafios del Renacimiento, que respiran espíritu cristiano. Cf. de Waal, *Roma Sacra*, X, Viena, 1905, 445. En Forcella, I, 167; V, 252 pueden verse inscripciones de Paulo III, que perpetúan los privilegios concedidos a las iglesias. También Julio III otorgó semejantes gracias; v. *Le cose meravigliose*, 15, 26.

atraídos los piadosos peregrinos por las gracias que podían ganar en los santos Lugares, y por las reliquias que aquí se guardaban; las guías de los peregrinos, en que se indicaban las *Mirabilia Romae*, los señalaban con toda exactitud. Delante de todos estaba el santuario universal del sepulcro de S. Pedro. Era éste el primer lugar que solían visitar los peregrinos que afluían de las diversas naciones. La romería propiamente dicha a las siete iglesias principales, a la que estaban vinculadas abundantes indulgencias, se efectuaba en un solo día (1). Se comenzaba las más de las veces por la visita de la iglesia donde está sepultado el apóstol S. Pablo, que se halla situada a larga distancia fuera de la puerta. Con ella se juntaba la visita de la iglesia de S. Sebastián en la Vía Apia, a la que se llegaba por la calle de las Siete Iglesias. Con esta ocasión se iba a ver también la mayor parte de las veces las catacumbas vecinas (2). Para ganar la indulgencia plenaria era además indispensable la visita de Letrán, de Sta. Cruz, S. Lorenzo extramuros, Sta. María la Mayor y finalmente de la iglesia de S. Pedro. Esta peregrinación, ya penosa por la gran distancia de cada una de las iglesias, lo era todavía más por el mal estado de los caminos (3).

Ningún peregrino dejaba de tomar parte en las grandes solemnidades, en las que celebraba el mismo Papa, o a las que asistía. También celebraba el Papa ordinariamente, si alguna enfermedad no lo impedía, por Navidad, Pascua y el día de San Pedro y San Pablo. La magnificencia y el esplendor del culto católico desplegábase de un modo grandioso en estas festividades, no solamente en S. Pedro, sino también en las otras basílicas principales. Una impresión subyugadora embargaba a todos los asistentes, cuando la Cabeza suprema de la Iglesia, el día de Jueves Santo y el Domingo de Pascua, desde el gran balcón de la basílica de San Pedro, daba la bendición solemne a la ciudad y al orbe, «*Urbi et orbi*». En el año jubilar de 1550 afluyeron para esta solemnidad a la plaza de S. Pedro más de 50000 hombres y en 1554 su número se fijó en 30000 (4).

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. VIII, 109.

(2) V. Rot, *Itin. Rom.*, 258; G. Fabricius, que en 1542 visitó a Roma (v. *Biografía General Alemana*, VI, 510 s. y *Bull. d'Ist. arch.*, XIII, 262), nombra en su Roma (p. 214 y 219) como catacumbas entonces accesibles, también las que hay junto a las iglesias de Sta. Inés y S. Pancracio.

(3) Cf. Rodocanachi, *Rome*, 308.

(4) V. Massarelli, 166; Rot, *Itin.*, 252.

En la fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen, acostumbraban los Papas, desde mediados del siglo xv, ir con solemne séquito, acompañados de cardenales, prelados y nobles, a Santa María de la Minerva, donde después de una misa cantada, conforme a la fundación del cardenal Torquemada, varias doncellas necesitadas—en 1550 fueron 150—recibían su dote (1). Como sus predecesores, así tampoco Paulo III y Julio III faltaron nunca en las otras grandes festividades, si la enfermedad no se lo impedía. Tenían mucha cuenta sobre todo con hallarse presentes en la procesión de Corpus, en el aniversario por los predecesores difuntos, el cual, lo mismo que la fiesta de la coronación, se celebraba en la Capilla Sixtina, y en las ceremonias de la Semana Santa (2).

Las solemnidades conmovedoras de esta Semana Mayor comenzaban el Domingo de Ramos. El Papa, que en este día, las más de las veces celebraba muy temprano en su capilla privada una misa rezada (3), asistía a las nueve en la Capilla Sixtina a la misa solemne, que cantaba un cardenal. Efectuábase después la bendición de las palmas. La primera palma la daba el decano del Sacro Colegio al Papa. Éste distribuía luego palmas a los cardenales, a los embajadores, a los nobles romanos, a los penitenciarios de S. Pedro, a sus familiares y a aquellas personas, que habían alcanzado ser admitidas a esta solemnidad. El miércoles, tres horas antes de las oraciones, comenzaban los maitines llamados de Tinieblas. En S. Pedro se mostraba en la mañana de este día el santó sudario de la Verónica.

El Jueves Santo celebraba el Papa muy temprano y daba la sagrada Comunión a todos los miembros de su corte. A las diez comenzaba la Capilla Papal en la Sixtina. Después de la misa solemne, que cantaba un cardenal, Julio III, acompañado de todos los miembros del Sacro Colegio y numerosos obispos y prelados, lle-

(1) V. Massarelli, 162; cf. Rot, Itin., 256.

(2) Para lo que sigue v. los \*Diarios de los maestros de ceremonias Blas de Martinellis, Juan Francisco Firmano y Ludovico Bondono de Branchis Firmano (*Archivo secreto pontificio*, Arm., 12). En Merkle, II, 491 ss., puede verse gran número de noticias tomadas de L. Firmano; cf. Massarelli, 165 s.; Rot, Itin., 250 s.

(3) Así lo hacía Julio III. Respecto a Paulo III no se menciona la misa privada ni en este día, ni en el de Jueves Santo; la celebraba un cardenal presente papa; v. J. Fr. Firmani \*Diaria, XII, 27.

vaba el Santísimo a la Capilla Paulina, edificada por Paulo III (1). Después de eso, desde la galería o balcón de la bendición, daba lectura un cardenal a la bula *In Cena Domini* en latín e italiano, bendecía el Papa solemnemente al pueblo, y en la sala del Consistorio público lavaba personalmente los pies a doce pobres. También en este día se mostraba por segunda vez en S. Pedro el santo sudario de la Verónica. En todas las iglesias de la ciudad era el Santísimo expuesto a la adoración. Como refiere un alemán, que visitó a Roma por la primavera de 1554, se desplegaba en esto un celo por la veneración de la sagrada Eucaristía, que contrastaba gozosamente con la frialdad e irreverencia que solía reinar en el período floreciente del Renacimiento. Por los adornos de todo género, preciosos tapices, candeleros de plata, innumerables velas y lámparas de muy distintas clases, venían a ser ahora los monumentos un punto de atracción para las personas devotas (2). Este fervoroso movimiento en la veneración de la sagrada Eucaristía, que se mostró también en otros lugares en la época de la reforma católica, tenía Roma que agradecerlo a la Cofradía del Santísimo Sacramento, que a impulso del dominico Tomás Stella había sido fundada por Paulo III en 1539 (3).

Las solemnes y extraordinarias ceremonias, con que celebra la Iglesia de un modo tan patético el día de la muerte de su Esposo, comenzaban el Viernes Santo ya muy de mañana. El Papa volvía también en este día personalmente el Santísimo de la Capilla Paulina a la Sixtina. Al canto de la Pasión según S. Juan, seguía un sermón. Después se cantaban las preces en que se mencionan las necesidades de todos los hombres. En la conmovedora adoración de la Santa Cruz tomaban parte todos los presentes. El Papa, descalzo y despojado de todas las insignias de su suprema dignidad, acercábase el primero a la Cruz, después los cardenales, los prelados y embajadores. La misa propia de este día, la decía un cardenal. Al anochecer del Viernes Santo solía celebrar desde el siglo xiv la Cofradía del Gonfalon una procesión de la Cruz al Coliseo. En el año jubilar de 1550 asistieron a este piadoso ejercicio 1500 hombres, de los cuales 335 llevaban grandes cruces. En

(1) En tiempo de Paulo III, el Santísimo era llevado a la Cappella Parva; cf. Moroni, VIII, 294.

(2) Cf. Rot, Itin., 251.

(3) V. Tacchi Venturi, I, 194 s.

este año la Hermandad de la Cruz, de S. Marcelo, dispuso también una procesión, en la que tomaron parte 1200 hombres, muchos de los cuales iban disciplinándose. Todos visitaron las cuatro iglesias principales prescritas para ganar la indulgencia del jubileo (1).

En la mañana del Sábado Santo celebraba un cardenal en la Capilla Sixtina en presencia del Papa. Al Gloria sonaba la música y volvían a tañer las campanas (2). Para todas las iglesias de Roma, ésta era la señal para anunciar la proximidad de la fiesta de Pascua. La singular impresión que producía este repique de grandes, medianas y pequeñas campanas, que iba creciendo a manera de olas, dió motivo a Rabelais para su célebre comparación de la Ciudad eterna con una isla sonante (3).

En la misa mayor que se celebraba en S. Pedro el Domingo de Pascua, daba el Papa el Santísimo Cuerpo del Señor a todos los cardenales, a los canónigos de la Basílica, a la nobleza romana y alguna vez a los príncipes asistentes, como, por ejemplo, en 1550 a los duques de Ferrara y Urbino (4).

No solamente los forasteros, sino también los romanos afluían en gran número a las solemnidades eclesiásticas. Durante el tiempo de Cuaresma acudían diligentemente a las llamadas estaciones en las diversas iglesias. Durante este tiempo se reanimaba la Región de los Montes, de ordinario tan quieta y silenciosa; nobles y plebeyos corrían a porfía a visitar los sepulcros de los mártires. En el tiempo del Renacimiento se hacía todo esto ciertamente muchas veces de un modo hartó mundano (5). Pero ya se dejaba advertir una notable y provechosa reacción contra el indebido proceder en los lugares santos. Eran los defensores de la reforma católica los que también respecto a este punto daban impulso a mejorar la situación.

Mucho tiempo antes que el concilio de Trento inculcase a clérigos y seglares lo que se había de observar y evitar en el santo sacrificio de la misa, los varones inspirados por Dios, que llevaban escrita en su bandera la renovación religiosa del mundo cristiano,

(1) V. Massarelli, 166.

(2) Rot, Itin., 252.

(3) Cf. Reumont, III, 2, 786.

(4) V. Massarelli, 166; Rot, 252.

(5) Cf. Rodocanachi, Rome, 307 s. Un humanista de Roma puso en elegantes versos la lista de las estaciones; v. Marucchi, Basil. et églises de Rome<sup>2</sup>, Rome, 1909, 63 s.

delante de todos S. Ignacio de Loyola, y luego con él emulando el joven San Felipe Neri, habían puesto sus esfuerzos en enseñar a todos con sus ejemplos y palabras la debida veneración a la casa de Dios, que tanto había sufrido en la época del Renacimiento. Quien entraba en Sta. Dorotea del Trastévere, asiento del Oratorio del Amor Divino, en Sta. María de la Estrada, la iglesia del fundador de los jesuitas, en S. Jerónimo de la Caridad, en S. Salvador del Campo, donde ejercía sus ministerios S. Felipe Neri, o en los pequeños templos de los teatinos en el Campo Marcio y en el Pincio, como también en el de los capuchinos, S. Nicolás de Portiis, en el Quirinal, no podía verse libre de una profunda impresión. Los hombres disolutos del Renacimiento, que los visitaban por curiosidad, salían de ellos no raras veces interiormente transformados (1). Aquí ejercitaban su celo sacerdotes, que representaban con su vida la reforma suspirada y tantas veces aconsejada por todos los buenos. Estos templos pequeños y pobremente aderezados eran ya visitados con tanto fervor y diligencia, que no podían ya contener el número de personas devotas que concurrían a las misas y sermones. Del tiempo de Julio III existe una solicitud, en la que se pide al Papa, que ordene a S. Ignacio de Loyola que edifique una iglesia mayor, pues Sta. María de la Estrada era demasiado pequeña e incómoda para los muchos, que querían oír allí la palabra de Dios y recibir el sacramento de la Penitencia (2). Éste fué el primer impulso que se dió a la construcción de la magnífica iglesia del Jesús, a la que se siguió más tarde la erección de los grandes templos de los teatinos (S. Andrés della Valle) y de los Padres del Oratorio (Sta. María della Vallicella), los cuales fueron de grandísima importancia para la vida religiosa de Roma y también para la fisonomía de la ciudad.

Para todas las festividades que el Papa mismo celebraba, o a que asistía, habíanse desde antiguo establecido prescripciones muy minuciosas, sobre cuya puntual observancia velaban los maestros de ceremonias. A la dignidad que Paulo III y Julio III observaban en estas solemnidades, correspondía la excelente música que las acompañaba. Un informante alemán que se halló en Roma durante la Semana Santa y el tiempo de Pascua de 1554, hace resaltar expre-

(1) V. Le cose meravigliose di Roma (cf. más abajo p. 388, nota 3), 21; Capecelatro, 175 ss., 178 ss. y especialmente Tacchi Venturi, I, 186 s.

(2) Cf. Studi e docum. XX (1899), 345 ss.